

En el año de mil y quinientos y noventa y tres, el dicho Rey... las espaldas de los indios... el dicho Rey... el dicho Rey...

En el año de mil y quinientos y noventa y tres... el dicho Rey... el dicho Rey...

En el año de mil y quinientos y noventa y tres... el dicho Rey... el dicho Rey...

En el año de mil y quinientos y noventa y tres... el dicho Rey... el dicho Rey...

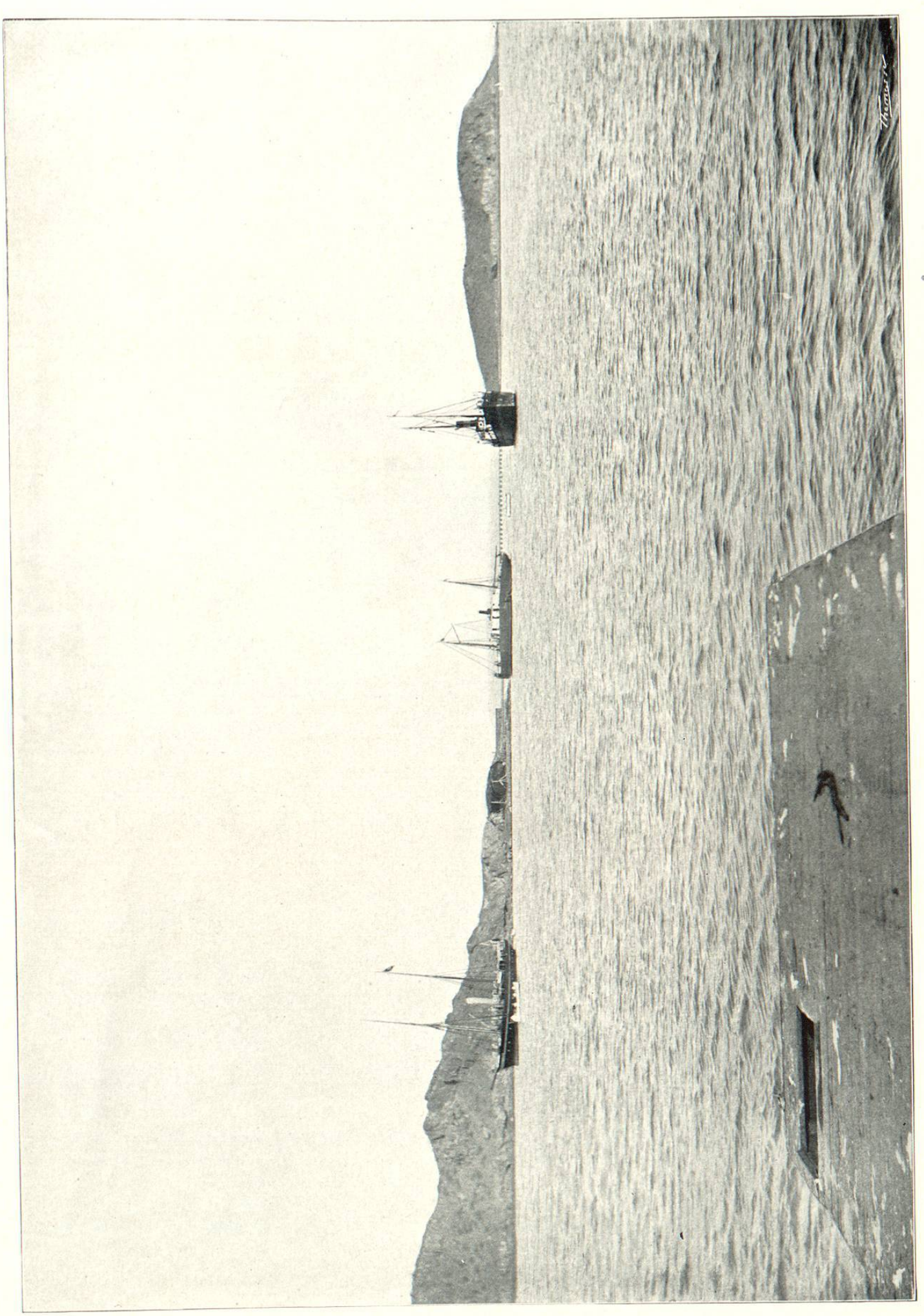
En el año de mil y quinientos y noventa y tres... el dicho Rey... el dicho Rey...

**Historia de la Hazienda de los Reyes**

**Historia de la Hazienda de los Reyes**

**LOMO SECUNDO**

(1) ...  
(2) ...



en la tierra azteca, directos representantes del fisco español durante la conquista. Desde luego se entendieron con el acervo formado por los presentes que varias embajadas ofrecieron á Cortés, y consistían en metales preciosos en pasta, en polvo y labrados, gemas, tejidos, mosaicos de plumas y otros productos de las artes suntuarias de los indios; lo formaron, además, el botín de guerra propiamente dicho y más tarde los esclavos ó el producto de su venta.

No en todas sus jornadas recogían tesoros las huestes españolas; pero como se les aliaron algunos pueblos enemigos de Motecuhzoma, gracias á esa alianza el indio proveyó al conquistador de guías, *tameme*, ó sea hombres que condujeran el material de guerra y el equipaje á cuestas; víveres en cantidad bastante, doncellas, molenderas, cuanto reducía los gastos de campaña únicamente á la reparación de las armas, al tratamiento de los heridos y al consumo de pólvora y proyectiles.

La índole y parca extensión de este trabajo no nos permite seguir con el historiador la marcha episódica de los aventureros, ni indicar siquiera á costa de cuántas sagacidades, valentías é inalicables hazañas de bandolerismo fué creciendo el erario del conquistador.

Cuando los españoles sentaron, por fin, sus reales en la metrópoli azteca, fueron recibidos más como huéspedes que como invasores por Motecuhzoma, y tuvieron por alojamiento el inviolado palacio de Axayacatl; el oro, único móvil de la empresa, no les fué ingrato; el monarca, queriendo comprar con él la retirada de los invasores, no hizo más que excitar su codicia; los colmó de obsequios, en los que figuraba de preferencia el nefasto metal amarillo; con oro recompensaba una visita; con oro castigaba las faltas groseras de la soldadesca; con oro, perdido adrede en los juegos de azar, fomentaba la pasión de sus contrarios, perdiendo ciento por uno, en mala y tramposa lid (1).

Las prodigalidades de oro no empobrecían la mina. Dice la crónica que un día, al buscar Alonso Yáñez, carpintero, sitio apropiado para erigir un altar, halló en el muro las huellas de una puerta tapiada: abrieron brecha y penetraron, Cortés á la cabeza, para encontrar una estancia llena de oro, pedrería, pertrechos de guerra, vasos sagrados y otros objetos del culto idolátrico: era el tesoro de Axayacatl, el producto de la tiranía fiscal de los mexicanos, reunido á costa de luengas y vejatorias opresiones. Quizá su hallazgo decidió del carácter de la conquista; tentada la ambición de aquel puñado de hombres rudos, la suerte del imperio mexicano no era problemática.

«Estos cristianos son traviesos, é andando por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, é la han tomado; no recibáis de ello pena.» Según Bernal Díaz, en estos términos comunicó Hernán Cortés el hallazgo del tesoro á Motecuhzoma, ya prisionero de los castellanos, y según la propia autoridad, respondió el cautivo: «Eso es de los dioses deste pueblo: dejad las plumas é cosas que no sean de oro, y el oro tomáoslo, é yo os daré todo lo que yo tenga.» Motecuhzoma cumplió su palabra; de grado ó por fuerza se reconoció vasallo de los reyes de España, dando fe del hecho el escribano Pedro Fernández, y procedía que pagaran «el tributo,» no solamente él, sino los otros señores que le estaban subordinados, porque, decía Cortés, «el rey de Castilla necesitaba oro para ciertas obras que mandaba hacer; por lo mismo, que nombrara personas que fueran con los castellanos, á ver á todos los señores sometidos, para pedirles lo que quisiesen contribuir para ello (2).»

De dos en dos y de cinco en cinco, tenosha y castellanos se repartieron por el imperio con el carácter de recaudadores, y al tiempo que ellos recogían oro, joyas y plumas, Motecuhzoma, cuya liberalidad espantaba á los españoles, al grado de que le daban las gracias «quitándose las gorras de armas,» destinaba, como regalo extraordinario para Carlos V, joyas, oro, piedras finas y «otras cosas cuyo número es infinito (3).»



Mercader

(1) Bernal Díaz del Castillo habla extensamente sobre el particular en la *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, capítulo XCVII.

(2) *Cartas de Relación*.

(3) *Ibid.*

TOMO II. — 84.

La liberalidad del monarca y la codicia de los conquistadores eran inextinguibles; parecieron entablar competencia. Motecuhzoma dió todas sus joyas personales; Pedro de Alvarado saqueó las cámaras donde se guardaba el cacao que hacía de moneda; Bernardino Vázquez de Tapia recogía oro en Texcoco, de donde resultó la muerte de Nezahualquenzi y la huida de Cacamatzin, quien, hecho prisionero y á la cura del mismo Pedro de Alvarado, entregó unos diez mil castellanos, y por no tener más, fué empecinado por el vientre.

Lo adquirido era bastante para que las tropas recibieran la parte que justamente les correspondía. Reunido el tesoro, los plateros de Atzacapotzalco fundieron el metal en grano, formando anchos barretones; para marcarlos y sacar el real quinto, construyeron una marca de fierro con las armas reales del tamaño de un tostón, y careciendo de pesas, las formaron también de fierro de una y de media arroba, de dos, una y media libra y de cuatro onzas, al cálculo, por falta de término de comparación.

Como las tropas urgían por el reparto, éste tuvo lugar; sacóse el «quinto» del rey; otro «quinto» para Cortés, pues al fundarse la ciudad de la Villa Rica las tropas le concedieron esa prerrogativa, que lo equiparaba á los monarcas; tomóse para el mismo el costo de las provisiones de la Armada, el importe de las naves echadas á pique, el gasto de los procuradores enviados á Castilla para dar cuenta á los reyes de la fundación de Veracruz, la parte alcuota de los soldados que guarnecían el propio real, el valor de un caballo y de una yegua muertos; partes dobles á fray Bartolomé de Olmedo, al presbítero Juan Díaz, á los capitanes de á caballo, á los escopeteros y ballesteros, por manera que á cada peón rodelero le tocaron cien pesos de oro.

La soldadesca no quedó conforme; algunos se negaron á recibir su parte. Cortés consoló á todos con promesas, que fueron bastantes, tanto más cuanto que el oro no les era urgente, teniendo, como tenían á costa del monarca azteca, alojamiento, víveres, servidumbre, honores y mujeres, por manera que los metales preciosos se utilizaban únicamente para saldar las deudas personales, entre otras los honorarios de los curanderos, bastante crecidos, y las deudas de juego, pues las suertes de naipes, merced á la holganza, se convirtieron en desenfreno cuando Pedro Valenciano, primer tahur de esta tierra, hizo de los parches de los atambores, barajas tan buenas y tan bien pintadas como las de Castilla, al decir del fidedigno Bernal Díaz.

Se deduce de todo lo anterior, que «el tributo» de Motecuhzoma y el «real quinto» extraído del botín fueron los primeros ramos de la Hacienda Real de Nueva España. Veamos el importe del «quinto.»

Apartadas las joyas, piedras preciosas, telas y plumajes, obsequio especial para el rey, tasado todo ello en unos cien mil ducados, según Cortés, el «quinto» importaba «treinta y dos mil cuatrocientos pesos de oro, en cuanto al oro toca, y ciento y tantos marcos por lo que á la plata se refiere.»

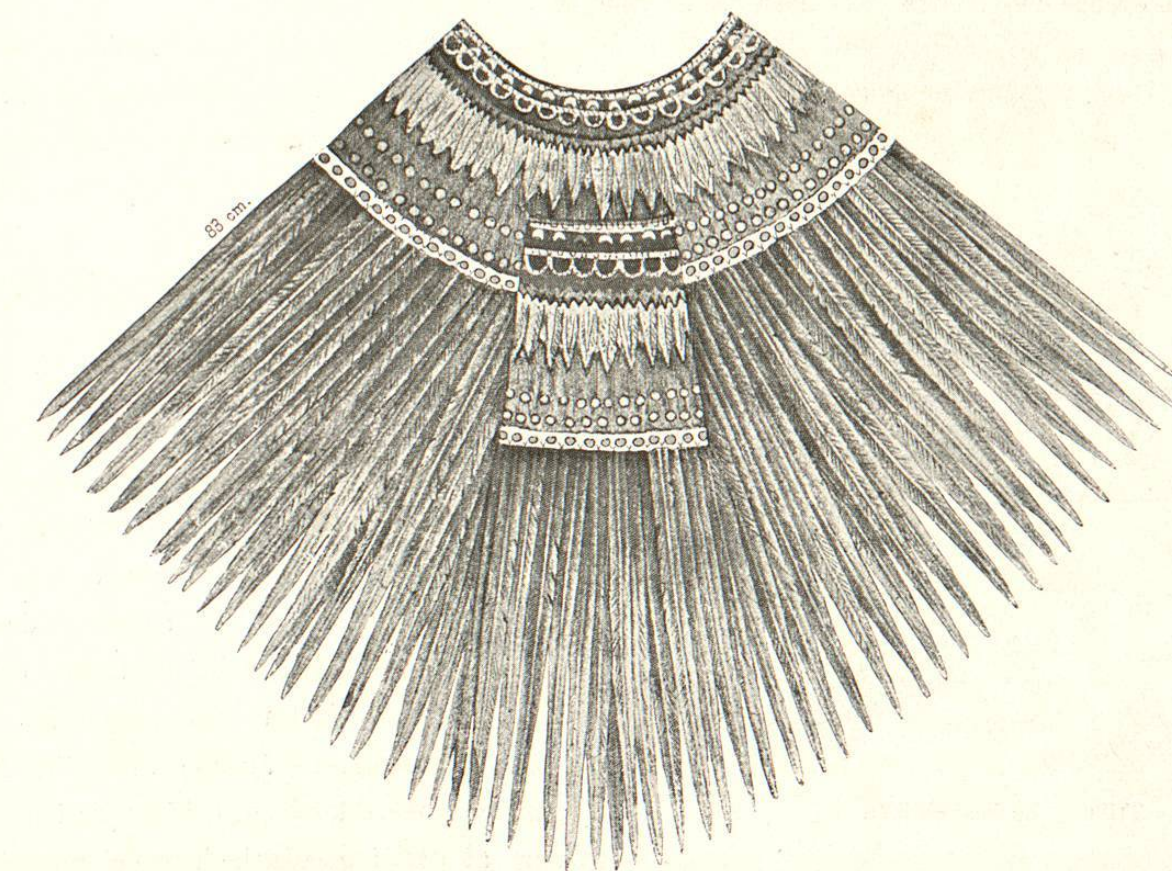
Bernal Díaz y Róbertson estiman en \$ 600.000 el valor del tesoro, Prescott en \$ 6.300.000, D. José Fernando Ramírez en \$ 3.469.000 de nuestra moneda. Es de suponerse que estas cifras pequen por defecto, si se toman en consideración la codicia de los jefes y las ocultaciones de las tropas. Velázquez de León, por ejemplo, se hacía labrar grandes cadenas y vajilla; el tesorero Gonzalo Mexía le reconvinó por no haber pagado el real «quinto» de los metales; se hicieron de razones, pusieron mano á la espada y se hubieran muerto á no intervenir Cortés, quien puso preso á Velázquez de León. Enterado de ello Motecuhzoma, rescató con oro la libertad del prisionero.

Tristes peripecias tenía que sufrir aquel oro obtenido por tan distintos medios. La matanza del templo mayor, consumada por Pedro de Alvarado, fué la causa determinante de la sublevación de los *méshica*; el levantamiento asumió caracteres tan graves, que Cortés, temeroso de una derrota irremediable, apeló á la retirada en secreto.

El 30 de Junio de 1520, señalado para la retirada, el capitán extremeño hizo conducir á una estancia el acumulado tesoro, requirió á Gonzalo Mexía y á Alonso de Ávila, oficiales reales, para que pusieran en cobro lo perteneciente al rey; requirió igualmente á los alcaldes y regidores de la «Villa Rica» para que se encargaran de unos setecientos mil pesos, porciones de los soldados ausentes, que eran unos sesenta; y como se negaran á hacerlo, pidió á su secretario Pedro Hernández diera testimonio de que no se podía salvar aquel caudal y, por lo tanto, lo dejaba á merced de las tropas, pues era preferible que éstas y no el enemigo

se aprovecharan de él; destinó siete de los caballos cojos y heridos para conducir el «real quinto,» y cargó con las barras de oro que le pertenecían una yegua morcilla, al cuidado del mozo Torrecicas. La soldadesca se arrojó á saco sobre lo que restaba: los cautos se conformaron con piedras preciosas y pequeños tejuelos, los ambiciosos llenaron de tal manera sus alforjas, y á grado tal aumentaron con ello el peso ya grave de sus armas, que más tarde al pelear y al huir los invadió la fatiga; el oro les embarazó los movimientos de fuga y de defensa, el oro les costó la vida. Los mató el oro, dice Gomara, y murieron ricos. El P. Acosta atribuye á la codicia el que algunos españoles no pudieran escapar: unos por guarecer el oro que tenían, y otros por recogerlo, fueron presos y cruelmente sacrificados ante los ídolos. El tesoro, en su mayor parte, pereció aquella *Noche triste*.

Antes de emprender Cortés el sitio de México, recogió nuevos y cuantiosos bienes, que no compensaron, empero, lo perdido. Nada omitió, en cambio, para enriquecerse; herró esclavos en Tepeaca con la «G»



Rica manta de plumas con adornos de oro

terrible, que quiere decir «Guerra,» y exigió á sus dueños los derechos que al fisco correspondían. En este particular es curiosa la conducta de los conquistadores: pagando al rey, daban un aspecto de legalidad á crueldades que serán siempre reprobadas.

Por aquellos tiempos, en una nao procedente de Castilla llegaron á Nueva España Julián Alderete, primer tesorero nombrado directamente por el rey, y fray Melgarejo de Urrea, quien vendía á las tropas las bulas llamadas de *composición*; por medio de bulas se aseguraba el goce quieto de bienes cuyo legítimo dueño se ignoraba, y aunque tales no se entendían los habidos en saqueo, los conquistadores se apresuraron á *componerse*.

Consumada la toma de México, uno de los primeros cuidados de Cortés fué indagar el paradero del oro que había dejado en la metrópoli, y pidióle estrecha cuenta de él á Cuauhtemoc; pero no pudo obtener del vencido otra cosa que una cantidad pequeña de metal contenida en una canoa. La juzgó escasa, y abiertas severas averiguaciones, los *tenosha* y los *ballatolca* se acusaron mutuamente de haberlo arrojado á las lagunas.

Los soldados esperaban cuantiosa retribución; dijérase, al verlos dominados por la inquietud, que sus peligrosas correrías, su retirada, el sitio cruel de la ciudad, la metrópoli arrasada, no tenían por objeto el vasallaje de una nación poderosa y dilatada, ni la evangelización de pueblos bárbaros, pero heroicos á la